

## DISCURSO DE CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO RAMÓN TOVAR LÓPEZ

Brillantes pinceladas de la epopeya de Ayacucho nos ha brindado el General don Héctor Bencomo Barrios, quien accede al Sillón “B” en su carácter de Individuo de Número de esta Academia Nacional de la Historia; Sillón vacante por el deceso del titular anterior, el distinguido polígrafo Don Pedro Grases.

El General Bencomo es persona muy apreciada y calificada por sus amplias luces en la materia inherente a su profesión. Egresó el 5 de Julio de 1947, como subteniente en la promoción General en Jefe José Félix Ribas de la Academia Militar de Venezuela; suma a su formación estudios superiores de postgrado en el exterior. Activo por 30 años continuos hasta optar por la situación de retiro que no implica divorcio alguno con su amada profesión en virtud del ejercicio docente en instituciones militares y afines, sin interrupción, por más de 50 años. Refleja tan fructífera actividad, su producción bibliohemerográfica ordenada en: Libros; folletos; composiciones, estudios preliminares y prólogos; obras colectivas y en colaboración; publicaciones en boletines, revistas y periódicos; grabaciones magnetofónicas, videos, multimedia y otros; donde la materia militar es dominante. Miembro de instituciones académicas, bien acreditadas, y en la actualidad es el Curador del Archivo del Libertador, dependencia de nuestra Academia. Tan plausible desempeño se traduce, entre otros reconocimientos, en siete órdenes oficiales conferidas, resaltan la Orden del Libertador en el grado Oficial y las tres de la Orden Militar General Rafael Urdaneta.

No debe sorprender la elección de “Bolívar y Sucre en la Emancipación del Perú” como tema de su excelente discurso de incorporación. Valora con maestría la significación y trascendencia del acontecimiento y no son escasas las interrogantes y reflexiones que promueve.

Al ritmo delineado de la epopeya se afirma la sentencia de un viejo historiador: “Pueblo o Nación sin historia, no es más que estólido satélite”, unida a otra no menos convincente: “Felices los Hombres que nacen a su tiempo porque ellos

serán los parteros de la Historia”; lo histórico como “ontológico nacional”. Ayacucho, nacido en los anales de la gesta militar, es singular; “para los republicanos -asienta el General Bencomo Barrios- es el tipo contra-ofensivo [...]. (En la acción) los republicanos se lucieron con los tres tipos de contraataques [...]. (El tercero) “lo describe Sucre con gran claridad en el parte oficial: (al observar) que las masas del centro no estaban en orden, mandé al señor General Córdoba que lo cargase rápidamente con sus columnas, protegido por la caballería del Señor General Muller”. (A su vez) dispuso Sucre que Vencedor en Boyacá y Vargas pasasen en refuerzo de la división La Mar [...] (con) Rifles en reserva. (Valdés) con su penetración por la izquierda de la línea republicana, amenazaba la derecha de la división La Mar (interponiéndose) entre ésta y la de Córdoba; [...] peligro conjurado por el contraataque del batallón Vargas y el regimiento de Húsares de Junín; (la) infantería cargó por el frente, mientras en los flancos actuaban los Húsares, los realistas fueron disueltos. Los cuatro batallones del Mariscal La Mar y el Vencedor en Boyacá contraatacaron (los) cuerpos de la derecha enemiga (que) corrieron igual suerte. (A su vez) Córdoba avanza hacia el enemigo (con movimiento conjunto) de todas las unidades”. El desenlace es bien conocido.

Refiere el Mariscal de Ayacucho: “cortados los enemigos en todas direcciones, cuando el General Canterac, Comandante en Jefe del Ejército Español, acompañado del General La Mar, se me presentó a pedir una capitulación. Aunque la posición del enemigo podía reducirlo a una entrega discrecional, creía digno de la generosidad americana conceder(la). [...] la estipulación fue ajustada sobre el campo de batalla”.

Al describir el Mariscal cuanto se hallaba en poder del Ejército Libertador (pertrechos y en particular la cantidad y calidad de la oficialidad prisionera) desliza una afirmación que induce a pensar que confiaba en el triunfo: “mil ochocientos cadáveres y setecientos heridos, han sido en la batalla de Ayacucho, las víctimas de la obstinación y de la temeridad española. Nuestra pérdida es de trescientos diez muertos y seiscientos nueve heridos...”. Relación casi 6 a 1 cadáveres y 1 a 1 heridos en favor del “Libertador”.

Reparemos: “obstinación y temeridad”. El General Bencomo, apoyado en particularidades significativas para la acción, destaca la posición favorable del Ejército Libertador. Apunta Bencomo que “la elección de la dirección del ataque está subordinada a ciertas circunstancias del momento: (cuando) el ejército contrario tiene sus flancos inaccesibles, no puede el atacante hacer desbordamientos; tendrá que atacar de frente. (En Ayacucho la forma de ataque fue impuesta por el dispositivo de Sucre: ‘seguros sus flancos por una barranca’ que a su vez, explotaba las bondades del terreno”. La explicación Bencomo, ilumina la expresión “obstinación y temeridad española”.

Si la encomienda de Bolívar, Sucre la cumplió con sobrado acierto, la confianza del Libertador en el insigne héroe, la había ya manifestado; Gil Fortoul lo denuncia: “Es -dice Bolívar- uno de los mejores oficiales del ejército: reúne los conocimientos profesionales (sic) de Soubllette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom. Por extraño que parezca, no se le conoce, ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a luz persuadido de que algún día me rivalizará”.

Una interrogante: ¿Dónde se formó esa generación que afirmó con su gestión histórica a la Patria?

Quien fuera mi profesor de Historia de Venezuela, segundo año del Instituto Pedagógico Nacional, me avanzó: “Aún en nuestros días (Década entonces de los cuarenta), en Venezuela somos producto del autodidactismo”. Lo decía con experiencia personal para ser confiable.

Otras condiciones mediaban. Don Guillermo Morón señala: “Hubo [...], una vida cotidiana provincial urbana, antes de la existencia rural que caracterizó al país venezolano durante un siglo -1830-1936- las ciudades de la historia cotidiana en cada una de las provincias”. Don Ildefonso Leal descubrió la cuantía de los libros y bibliotecas en la Venezuela colonial. Baralt, acerca de la vida de ese gran período asienta: “Desde 1600 en que Oviedo dejó su historia hasta el de 1797 a que llevamos la nuestra, la paz del país no fue alterada por ningún acontecimiento de general importancia [...] aunque la metrópoli estuviese agitada por diversas causas [...] Venezuela permaneció tranquila gozando su larga paz de dos siglos...”. La afirmación Baralt coincide con Lucien Febvre quien estima que “La condición esencial de toda actividad humana fecunda, es, sin duda, no digamos la paz, que es un ideal sino la seguridad, que es una condición y previa para las demás”.

La interrogante persiste; con todo esa generación constructora de la Patria está viva y presente en nuestro Olimpo Nacional; saludemos al General Héctor Bencomo Barrios al ascender a Individuo de Número de nuestra Academia Nacional de la Historia. Gracias.